NUM.º 2. SÉRIE 1.ª

AMENIDAD.

INSTRUCCION. EL RECREO.

BAZAR LITERARIO.

LA PRINCESA URSINI.

Cárlos II monarca de espíritu y cuerpo débil; espiró dejando á la España en el último grado de abyeccion y miseria. Su testamento nombraba sucesor de la monarquía á Felipe Duque de Anjou, segundojénito del Delfin de Francia, dando oríjen esta circunstancia á una guerra de sucesion entre el Archiduque Cárlos hijo del Emperador Leopoldo, y el duque de Saboya.

Felipe V, primera rama de la dimnastía borbónica, no desmayó al aspecto de tantas calamidades. Digno discípulo de Fenelon y Fleuri, ocupó con acierto en medio de mil turbulencias el alto destino á que era llamado. La conducta usada por el nuevo Soberano, decidió en su reconocimiento á la Córte de Roma, Portugal, Dinamarca, república de Holanda, y la Inglaterra temerosa que el poder de Luis XIV unido á las fuerzas españolas rompiera el equilibrio europeo, estipuló el tratado de grande alianza juntamente con Prusia, Módena y aun la Saboya. Empero, Leopoldo no cedió en manera alguna sus derechos: conceptuaba á la corona de España una herencia vinculada en su familia, y dió principio á la terrible lucha que afljió á la monarquía por algunos años. La-

mentable era aquella situacion; agoviados los pueblos con impuestos enormes, abandonaban sus labores por adquirir algun empleo en las ciudades; las artes sufrian ostensible deterioro; el gobierno ponia en venta títulos, dignidádes, y no obstante, el vasto imperio de Cárlos V podia mantener á penas veinte mil hombres de ejército, y trece galeras en la mar. Felipe, sin embargo, con la constancia y sufrimiento que le caracterizaba, ocurrió á muchas necesidades, contubo ambiciones, colmó de exageradas esperanzas, y á fin de asegurar mejor su trono, eligió por esposa á María Luisa Gabriela, princesa de Saboya; esposa que desplegó un valor y actividad inimitables en las mas embarazosas circunstancias, esposa á quien debió tal vez la conservacion de la corona, pero la muerte puso término á tanta dicha, y el sepulcro heredó un cadáver jóven y hermoso todavía.

El dolor de Felipe fué tan sincero y vivo con esta perdida, que incapaz de sostener las riendas del estado durante los primeros dias de su viudez, las puso en manos del Cardenal Giudice, retirándose al palacio del Duque de Medinaceli en compañia de la princesa Ursini.

La princesa frisaba ya en los cincuenta años, pero aun conservaba un talle esbelto y lijero, y hermosura poco comun en las personas de tal edad. Reuníase á esta circunstancia la inculcacion de una escuela verdaderamente italiana: perfeccionada en el arte de manejar las pasiones y utilizarlas á su fortuna, no dejó desaper-cibida la viudez del Rey. Dificil de contentar aquel carácter ambicioso con las inmensas vejaciones que causára al pueblo, pensó que la fortuna podia muy bien reservarla un asiento en el sólio, y ningun medio, ninguna fatiga omitió para conseguirlo.

Al efecto, un dia que el monarca estaba mas abismado en recuerdos tristes, trató de volver á esplotar un terreno que tarde ó temprano, segun sus presentimientos, debiera producir ópimos frutos.

—Y bien, Señor, ¿por qué tanto duelo? El cielo os favorece, los preludios de una paz venturosa dejan sentirse ya por vuestros dominios; un pueblo entero os bendice; ¿qué os falta?

—Una esposa.

—Y esa consideracion, ¿será mas imperiosa que los deberes del trono?.... La Reina es acreedora por todos títulos á vuestras lágrimas, pero los pesares deben pasar destruyendo cuanto antes la negra huella con que marcan.... y... ¿quién sabe?.... quizá la muerte al cerrar una tumba, abrió las puertas de un porvenir capaz de envolver memorias en el olvido y eclipsar glorias pasadas.

—Imposible.

—¿Tan poco esperais de la vida?

—¡Es tan corta!

—Y mucho mas cuando hay interés en acabarla. Desengañaos, Señor; sois jóven, vuestra mision en el mundo es de alta importancia, ceñis una corona cuyo esplendor rinde y ofusca; pues bien, tiempo es de despertar, tiempo es que el Leon de las Españas con su imponente rujido os saque de esa inac-

cion vergonzosa.

El aspecto de Felipe tomó una espresion de enerjía que por largo tiempo le faltára; el influjo del pesar perdió rápidamente gran parte de su prestigio, y el brillo deslumbrador del sólio, absorvió aquella atencion fija poco antes en los frios restos de una esposa.

—Decis bien, princesa; quizá la muerte al cerrar una tumba, abra las puertas de un brillante porvenir. . . . pero es preciso todavía mirar bien el terreno antes de fijar la planta, porque la sangre muy reciente aun ha dejado resbaladizo el camino, es preciso espiar al amigo que nos vende sin olvidar al enemigo que fragua nuestra ruina, y es preciso en fin. . . . .

—Arrostrar por todo para ganar todo tambien.

—Cuando la balanza guarde equilibrio seguro.

—¿Hay mas que manejarla con destreza?

—Bien á fondo conoceis la dificultad de hacerlo, princesa: por eso lloro doble la pérdida de María; ay! cuando mi voluntad flaqueaba, sus consejos volvian la firmeza de mi alma, y cuando me juzgaba sin un rayo de esperanza, los recursos de su talento eran inagotables.

—Quizá no falte en la Córte quien pueda dignamente sustituirla.

No era seguramente la primera vez que escuchaba el Rey esta insinuacion donde dejaban traslucirse los sentimientos de la princesa: por otra parte su ascendiente en Palacio era de bastante valía; sus protejidos Orri y el confesor Robinet habian tambien de mancomun manifestado al monarca la necesidad de un nuevo enlace, designando indirectamente á este objeto á la princesa Ursini, mas el ánimo de Felipe, jamás cedió á tan nécia exijencia. Asi es que preguntó á la princesa.

—Y en quién os parece que será mas acertada la eleccion?

—Pienso que su Majestad no necesita de consejeros en negocio tan grave.

—Quisiera solamente oir vuestro parecer.

—Señor. . . .

Supongamos por un momento que fuéseis la elejida; ¿créeis que mis buenos españoles continuáran gustosos bajo la dominacion estranjera? ¿creéis que un nuevo matrimonio sellará la felicidad de esta nacion tan desgraciada hasta el dia? ¿créeis que el letargo del reino será eterno? No; las agonías del sufrimiento arrastran en pos de sí la desesperacion; y entonces el pueblo que duerme despierta terrible con la realidad en una mano y la justicia en la otra, entonces el señor que demandaba, ruega, y el siervo que pedia, dispone.

—Me admiran tan severas reflecsiones, espuso la princesa no pudiendo apenas contener su cólera.

—Conservadlas bien en la memoria, añadió el Soberano dirijiéndose á su cámara, y no las olvideis.

El descendiente de Luis XIV hirió en la muger dos cosas que nunca perdona, el amor propio y la ambicion: afectada la princesa por tan poderosas impresiones, vacilaba en tomar venganza entre el cariño despreciado y el deseo de reinar. Mil planes funestos resbalaron por aquella imajinacion

*

fuerte, enérgica; decidiose sin embargo por el último estremo, pues contaba en su apoyo con recursos. Avezada en las intrigas palaciegas, mas de una vez desbarató en union con varios descontentos las empresas mas diestramente concebidas, y en esta ocasion esperaba por el mismo medio, obtener idéntico resultado. Afortunadamente para España, todas cuantas tentativas emprendió salieron fallidas y hubo de resignarse á perder el soñado trono; pero jamas pensó que el destino la reservára perder la privanza tambien.

. . . . . .

Algun tiempo era transcurrido despues del suceso que acabamos de referir, cuando el nuevo casamiento del Monarca con Isabel Farnesio, hija del último Duque de Parma, principió á tomar publicidad. Desengañada la princesa de su inutilidad para impedir los deseos del Rey, presenció con dolor entablar negociaciones y terminar los preliminares.

Todo estaba dispuesto; la ceremonia nupcial debia celebrarse en Parma por poderes. La Reina se puso al momento en camino y Felipe se trasladó á Guadalajara donde estaba dispuesta la entrevista.

El Monarca nombró camarera mayor á la princesa, espidiendo al mismo tiempo un correo con cierta mision secreta para la nueva Soberana.

Acompañaba al Rey la princesa, mas en calidad del destino que ocupaba, tomó la delantera y encontró á Isabel en Jadraque. La Reina acojió benévolamente á la camarera, pero no bien quedaron solas, cuando principió á vituperar los actos de su privanza.

—Señora, contestó la de Ursini, mi conducta jamás fué tachada por el pueblo ni la nobleza.

—Mentis.

—Señora! . . . . Ved que estamos solas.

—¿Y qué me importan vuestras amenazas?. . . . Ambiciosa sin límites habeis estrujado una nacion sumisa y virtuosa; sagaz y astuta, llegó vuestro loco deseo á pretender un asiento en el sólio. . . . Ya veis que todo lo sé.

—Tampoco debeis ignorar que hay palabras cuya ponzoña es una sentencia de muerte.

—Está bien: yo seré mas generosa. Oficial de mi guardia, apoderaros de esa muger.

—Nadie tiene atribuciones, á escepcion del Soberano, para mi arresto.

Las tengo YO, LA REINA.

El correo espedido por Felipe á su esposa, era una órden de esportacion para la princesa Ursini: su caida ocasionó la de todos sus protejidos; y el pueblo bendijo la hora en que sacudia la dominacion estranjera.

F. G. U.

LA CRUZ DE GRESSE.

En el condado de Artois y no lejos de Bethuna y de San Pol, se elevaba en la cima de un pequeño cerro, una cruz de piedra sencilla y misteriosa. Ningun adorno la

decoraba. Un estrecho camino nacia de su pie y perdíase luego en el valle de Divion. Negros sus miembros por la edad, y sombría por el follage de los sauces, notábase sin embargo allá en su centro un grabado que representaba la Vírgen María teniendo sobre las rodillas el cadáver de su hijo.

Por mas groseras que estas figuras apareciesen, el ojo observador encontraba en la postura de la Vírgen un rasgo indefinible de dolor. Sus facciones bellas y sublimes espresaban con toda ecsactitud los padecimientos de un corazon desgarrado, y la muerte que su hijo representaba, hacia sentir ese temor relijioso que nos sorprende al recordar nuestro fin.

En presencia de este humilde monumento, fruto tal vez de un trabajo asíduo, una Madre cariñosa hubiera derramado lágrimas de dolor al saber las trájicas memorias que su ecsistencia recordaba. He aqui el orígen y pequeña historia de la *Cruz de Gresse* que los habitentes de aquel pais se refieren durante las veladas largas del invierno.

Siglo y medio ha transcurrido. La civilizacion moderna no habia aun enviado los ingenieros á nivelar el camino sobre el que hoy dia transitamos, y la pendiente de la cuesta era tan violenta que con dificultad los carruages conseguian ganar la cima, y no sin mucho riesgo el descender. Nuevos obstáculos se presentaban de contínuo y nuevas dificultades ofrecian las nieves del invierno. Pero no obstante, á despecho del peligro ó quizá por arriesgarlo, era entonces costumbre de los jóvenes acompañar los carros de los labradores que conducian el fruto de su sudor, y esta corta espedicion, que por lo aventurada debia de imponerlos, mirábanla como una fiesta alegre y pasagera.

Claro y sereno amaneciera el 14 de Octúbre de 1594. Un carro adornado de macetas campestres y tirado por dos fogosos caballos, era seguido de un gran número de jóvenes de ambos secsos, que animados por sus cantares y la destreza del conductor, nada de funesto presentian que pudiera turbar su jovialidad.

En lo mas alto del carro y sobre los dorados haces de la mies, una jóven esposa contemplaba con la mayor efusion á dos pequeños niños abrazados... Eran sus hijos..... Pobre madre!..... Sobresaltada por los peligros que un tortuoso camino la ofreciera, temblaba á cada movimiento y su corazon latia apenas.

Hijos mios, decia al abrazarlos, temo por vosotros porque sois mi vida..... porque una madre nada tiene mas caro que sus hijos... Dios mio! Si yo llegara á perderos, padeceria mucho.

Nada contestaron los niños, pero la llenaron de caricias.

Si hijos mios, continuó ella, padeceria mucho porque estár á vuestro lado es la mayor felicidad que deseo.

De repente, rompiéronse las cuerdas que hacian arrastrar el carro y cayeron sobre las piedras los dos niños... Un grito desesperado exaló la jóven Madre.... Tan pronto como el deseo se arrojó de lo alto del carro, pero la des-

*

graciada solo pudo tomar entre sus brazos unos miembros palpitantes y ensangrentados . . . . . .

. . . . . .

Todo era despues consternacion; todo llanto. Remplazados los cánticos de alegría por la fúnebre oracion de los oficios, las dos víctimas fueron enterradas segun costumbre, en el mismo sitio del accidente. Una pequeña cruz de boj fue puesta sobre la sepultura, que recordó por mucho tiempo la desgraciada jornada de aquel dia.

Jóven y hermosa presentábase de entónces, una muger en la cuesta de Divion. Cruzados los brazos sobre el pecho, la vista fija y los cabellos sueltos, creia hallar á sus hijos en el sitio que un dia los perdiera.—"Es Juana la Loca," decian los trabajadores al verla y variaban el camíno.

Una mañana de invierno el sol habia completamente desaparecido bajo una densa niebla, y la naturaleza fria y triste carecia de encantos y galas. Solo reinaba silencio: ni aun el gorgeo de las aves se dejaba oir, cuando un obrero percibió á lo lejos una figura humana que por su posicíon y el manto de nieve que la cubria, parecia mas bien fuese un espectro. Contraidas sus delicadas formas y sus manos rígidas y frias abrazaban fuertemente una pequeña cruz. . . . . Era Juana. . . . . Dios sin duda tuvo piedad.

Para que la union terrestre fuera tan completa como debia serlo la del cielo, la misma tumba de los niños recibió á la desgraciada madre y la cruz de *Gresse* sustituyó la de boj.

La revolucion que todo lo destruye, profanó tambien aquel precioso monumento derrivándole por tierra en mil pedazos. Una nueva consagracion debió labar la marca impura de la sacrílega mano que osó mutilar tan precioso sagrado.

LA VENGANZA DEL ANCIANO.

Mr. Gorsaz parecia adivinar el pensamiento del hombre á quien interrogaba, pues sus miradas vagaban al rededor de la estancia con inquietud. Sin embargo, lo adelantado del dia y prócsimo socorro de los obreros que trabajaban en el jardin, le tranquilizaron en algun modo y continuó sus preguntas; pero esta vez fué mas bien con la familiaridad de un consejero indulgente, que con la severidad de un juez pronto á castigar.

—Hasta el presente, Bonnemain, dominado por la maldad, habeis pasado diez años en galeras á consecuencia de una muerte, que ningun provecho ha resultado; ahora estais en caso de sufrir una condenacion perpétua por robar un reloj que valia 20 francos.

—Solo diez, interrumpió Bonnemain.

—Diez ó veinte poco importa, repone al anciano sonriendo irónicamente: lo esencial era probar el robo y vuestra confesion me obliga al arresto.

—Arrestareis á un inocente.

—Bien. Y supongamos que en vez de entregaros á la justicia, os proporciono medios de volver á Burdeos, y embarcaros allí para un puerto estrangero; supongamos tambien que no contento de salvaros, os doy una cantidad suficiente para estableceros

lejos de Francia y vivir al abrigo de la necesidad; diez mil francos por ejemplo; ¿qué pensariais de semejante proposicion?

Bonnemain manifiesta su emocion por un movimiento de labios casi imperceptible; mas con la sagacidad inherente á las personas avezadas con el crímen, comprendió en aquel momento se trataba de un negocio arriesgado; semejante pensamiento le volvió la serenidad, y en vez de acatar al anciano como á un superior, le juzgó su igual.

—Lo que yo pensaria, Sr. Gorsaz, seria esto: el arresto se cambia en una suma de diez mil francos..... el asunto debe ser de gran valía.

—Y bien ¿lo reusas?

—Veamos: jamas he rehusado trabajo alguno; pero es preciso saber sobre que versa.

—Suponed lo mas grave.

—Vamos, si, cualquiera cosa... como el negocio del factor ¿no es verdad?

—Si, responde Gorsaz con profundo acento.

—Solamente que ahora en vez de tomar oro del gobierno, será necesario desembarazarse de un arrogante mozo que escála los muros y penetra en cierto pabellon.

—¿Le has visto tú? grita el anciano abandonandose á si propio por esta revelacion.

—Esuchad, Sr. Gorsaz, hay ocasiones en que la casualidad nos hace espias. Voy á hablaros con el corazon sin temor de denuncia. Ese descuidado Piquet dejó abierta su cabaña, y hallándome necesitado, dije, Bonnemain, tus bolsillos están exaustos, es preciso una de las tuyas: al efecto colócome en la muralla del parque situada al último de la calle de los plátanos, cuando me sorprende un pequeño ruido; creí al pronto fuera producido por el viento; pero me engañé; era un bulto que se deslizaba por la muralla dirigiendose despues hacia el pabellon de vuestra esposa. Muy bien, dije, hé aqui un camarada que ha tenido mejor idea que la mia; pero no importa, vamos á ayudarle y partirémos ganancias. La oscuridad permitia distinguir los objetos y determiné quitarme los zapatos para seguirle; uno, dos, tres, al tercer salto escalé el muro, observo ¿y qué direis que ví entonces?.... una ventana que se abre, una muger que aparece, y á mi individuo que en un instante penetra: si, Sr. Gorsaz, en un instante. Convencido entonces que aquel prójimo trabajaba en distinto género, abandoné la empresa y volví á mi trabajo.

—Has conocido á ese hombre?

—Yo creo que nadie cual Mr. Gorsaz pudiera responder á tal pregunta.

—Le has reconocido, volvio á interrogar con furor, el marido de Lucia.

—Si, es Arturo d'Aubian.

—Pues bien, es preciso que muera.

—Un poco de paciencia, Sr. Gorsaz... Yo arriesgo mi garganta en este juego; si pierdo sé lo que me espera, si gano.....

—Diez mil francos.

—Esto es mas de lo que vale mi individuo, pero.... la cosa hecha, ¿quien me asegura que despues cumplireis vuestra oferta? bien conoceis que no tendré tiempo de esperar, y diez mil francos no se hallan de una patada.

En lugar de responder á esta objeccion, el anciano saca de un escritorio, situado cerca de la chimenea, una multitud de piezas de oro, que derrama sobre la mesa.

—Ya ves que el dinero esta pron-

to. ¿Es asunto concluido?

—Cuando no se paga adelantado son necesarias fianzas.

—Helas aqui, dice Mr. Gorsaz entregandole varias piezas de 20 francos; despues de efectuado el encargo tendrás esta suma multiplicada. Si ahora te dierá todo, no podrias caminar.

—El oro jamas es pesado; vengan no obstante las arras de mi negocio.

(Se continuará).

UN DESTERRADO A LA SIBERIA.

Inútil fuera enumerar los abusos terribles que esos sombríos colosos conocidos por la Bastilla en Francia, Torre de Londres en Inglaterra, fortaleza de Spandau en Prusia, castillo de Pamplona en España y la Siberia en Rusia, presencian con indiferencia muda. . . El auténtico hecho siguiente, ofrece como punto de comparacion algun interés de curiosidad.

Nada mas brillante y hermoso que una revista en San Pretersburgo bajo los balcones del Palacío de marmol ó sobre la plaza del Almirante: el bronceado rostro de los soldados, su severo continente alterado tan solo por movimientos de una precision automática, la diversidad de costumbres tan variadas como los tipos de razas que representan, los Teherkesses con uniforme oriental, los caballeros guardias con casco de plata sobre el que deslumbra un dorado sol, los dragones de casco negro, los cosacos del Don con sus largas lanzas, y el Emperador rodeado de la mas alta nobleza del imperio, todo, todo forma un espectáculo tan sorprendente que la imaginacion con dificultad concibe, y la pluma no puede detallar. Esta solemnidad se renueva cada año en San Pretersburgo, el domingo de Pascua.

Nada notable presentára en el año de 1843, si el Emperador no hubiese advertido en un pequeño anciano que le seguia vestido de blanco con vueltas rojas, pantalon amarillo, zapatos de cbilla y un tricornio adornado con garceta blanca; esta exhibicion de costumbre que representaba el reinado de Catalina II, escitó el mas alto grado de atencion é hizo nacer mil conjeturas, pero la verdad fué bien pronto conocida, y vamos á narrar en pocas palabras la historia del anciano.

Potenkin era el hombre mas orijinal y dichoso de su siglo: teniente oficial de guardias tuvo el honor de ser protejido por la Emperatriz en cuya defensa peleó con valor durante la revolucion que vió morir á Pedro III. Agradable su figura, atrevido y ambicioso, consiguió ser favorito de Catalina, compitiendo con la poderosa muger que los Orloff únicamente pudieron deslumbrar. Ninguna ecsistencia fué tan maravillosa, ó por mejor decir fantástica, que la de este ilustre aventurero. El Príncipe Deligne traza perfectamente su retrato. «Os presento, dice, un comandante de armada con aire perezoso »al parecer y que trabaja sin cesar, »sin mas asiento que sus rodillas ni »mas peine que sus dedos, medroso »para sus soldados y valiente para sí; »inconstante, filósofo profundo, mi-

»nistro hábil, político sublime, ó niño »inesperto, haciendo señas con una »mano á la muger que le agrada, y con »la otra los signos de la cruz, estre«chando tan pronto la imájen de la »Vírgen como el cuello alabastrino »de su querida; prodijiosamente ríco »sin tener nada, antojadizo como un «niño, hablando de teología á sus »generales y de guerra á sus Arzo»bispos, encorvado y sumiso cuando »está solo, fiero, noble, majestuoso y »seductor, como Agomenon en medio »de los Reyes de Grecía, cuando se »presenta á su armada.»

Mantúbose Potenkin hasta el último dia en el esclarecido y peligroso puesto donde le colocára el acaso; francamente ambicioso y déspota, no aparentaba virtudes que le eran impropias, y sentábase cerca las gradas del trono como si á este honor le llamára su nacimiento; el terror determinaba siempre sus actos, pero ni una sola vez ensangrentó el cadálso. La gloria, empero, llegó á disgustarle: desgraciado á fuerza de ser dichoso, muere sobre un camino envuelto en su manto sin una mano piadosa para sepultarle, sin un amigo que le llore. Potenkin no amó jamás á Catalina II, pero fué su amigo largo tiempo (1). Unidos por el jénio mas que por la terneza, eran recíprocamente infieles. Deslumbrado por los favores de la fortuna, saciedad de goces y complaciente frajilidad en las damas de la Córte, hacia profesion de escepticismo sin creer en el placer; una Poloniesa, sin embargo, se encargó de convertirle al amor: jóven, coqueta, caprichosa, llena de espíritu y gracia, la princesa Zoumowski era entonces lo que hoy la Condesa Voronzoff-d'Aschkoff, el modelo soberano de la moda, la divinidad de los salones rusos. No se mostró insensible Potenkin á la pasion que le inspirára la princesa, pero cuando creia ya seguro el triunfo, observó con sorpresa un repentino cambio en ella, volvióse fria, reservada y séria: juzgóse que tal mudanza dimanaba desde el incendio del gran teatro donde corrió riesgo de perder la vida, debiendo su salvacion al heroismo de un jóven mayor que se lanzó en la sala, y á fuerza de trabajo consiguió arrancar tan bella víctima al fuego. Desesperado Potenkin de semejante resultado, quiso indagar la causa, y desde aquel dia la princesa Zoumowski, fué sometida á un espionage no percibido pero infatigable. Sin embargo ningun indicio demostraba el

(1). Entre las diferentes opiniones sobre el origen de la fortuna de Potenkin, creemos que la siguiente merece ser señalada por su originalidad. Ocupada Catalina II en su tocado con una de sus camaristas, no pudo menos de estrañarse y preguntar la razon de la lentitud y silencio inacostumbrados en la jóven; tratando de inquirir la causa, confesó la camarísta que su hermano, teniente oficial de Guardias, estaba perdidamente enamorado de la Emperatriz. A tan inesperada declaracion Catalina no pudo menos de reirse, preguntandc á la jóven, despues de algunos instantes de meditacion, ¿es buen mozo tu hermano? =El mas hermoso y vizarro del Regimiento.=Está bien, repuso Catalina, ocultando bajo aspecto grave una sonrisa de satisfaccion; mándale venir aqui, quiero verle. Al dia siguiente el oficial de Guardias fué introducido en la cámara privada de la Emperatriz, y arrodillado ante ella supo declararse con tanto acierto y elocuencia, que Catalina le lebanta, le acompaña hasta la puerta y dice dandole á besar su mano=Orloff no será mas mi favorito. Este oficial de Guardias era Potenkin.

secreto de aquella indiferencia. Potenkin principió á desistir de su amor atribuyendo el olvido de la Poloniesa á uno de esos caprichos tan frecuentes en las mugeres, mas una circunstancia insignificante en apariencia vino á dar diferente direccion á sus sospechas.

El 8 de Marzo de 1774, la Emperatriz vestida del traje nacional que con tanta coquetería llevaba, presenció acompañada de Potenkin y la princesa Zoumowski la revista y desfilo de tropas. Cuando el décimo batallon de infantería pareció al rededor del puente Troist, la princesa se acerca sobre el poyo del balcon pareciendo buscar una mirada, despues voluntariamente ó por descuido deja caer uno de sus guantes. Un oficial que habia dirijido los ojos hácia palacio, sin apresurar el paso, sin salir de su puesto, le recibió en la punta de su espada, y despues de besarle lo prendió en un boton del uniforme. La princesa se sonrojó entonces, y Potenkin acercándose á ella, dijo, ese oficial acaba de enriquecerse con uno de vuestros guantes, ¿para quién reservais el otro?—Para vos, Conde, porque esa galantería todo lo merece.—Dádmelo.

La tarde del mismo dia un Feljager y dos cosacos se presentaron en una casa de la calle de las Galeras.

—¿Sois el oficial del décimo batallon de infantería?

—Soy el mayor Tcheghelowski.

—Perfectamente: seguidnos

—¿A dónde?

—Es un secreto.

—¿Por qué órden?

—Mirad.

—¿Será largo el viage?

—Quizá.

—Dejadme tomar un saco de rublos y algunos papeles.

—Ni rublos, ni papeles; nada.

—Sea, caballero; soy vuestro, dice el jóven mayor pálido de emocion; pero al menos séame permitido abrazar á mi querida madre, por favor un minuto, un solo instante.

—Imposible, las órdenes son terminantes. Montad: y el impasible Feljager indica con el dedo al oficial un pequeño carruage.

Toda resistencia hubiera sido vana y castigada con rigor. Tcheghelowski subió al carruaje que tirado por caballos de Vkrania fuertes, como el acero, y rápidos como el viento, pasaron en pocos instantes el Vassili-Ostroff, dejando lejos las cúpulas azules y las águilas de oro de la ciudadela. El mayor tuvo por un instante pensamientos de ahogar á su misterioso compañero durante el sueño, pero los párpados de bronce del Feljager no se cerraron. El cambio de caballos se sucedia con frecuencia; Vistarka, Pounenskoe, fueron pasados, y á cada parada, el oficial cuya ansiedad crecia en proporcion de la distancia, preguntaba si habia terminado el viaje pero siempre obtenia por única respuesta la terrible palabra de *todavia no*.

Atravesando las florestas de Vologsa el carruage fué seguido por una banda de hambrientos lobos que le escoltaron durante larga distancia; el Feljager no se apercibió de ello, porque uno de los mas vulgares accidentes en estas peregrinaciones, consiste en ser deborado por las fieras, helado vivo, ó sepultado en una tumba de nieve que se abre para recibir mejor su presa. El viajero tiembla á el aspecto de aquella naturaleza lúgubre, de aquella interminable sucesion de superficies blancas donde un

monasterio construido á la asiática, una choza entrelazada de ramas, una roca jigantesca taladrada por la mano del tiempo, presentan una desolada informidad.

Diez y siete dias eran transcurridos, el jóven mayor estaba en estremo triste y desfallecido, cuando el carruage se detuvo á la entrada de un sitio árido cercado de miserables cabañas hechas mas bien para servir de madriguera, que habitaciones de hombres.

—Aqui es, dijo el Feljager.

—No ¡esto es imposible! grita el mayor comprimiendo convulsivamente la mano de su siniestro compañero; no me abandonareis en este sitio! ¿Cuál es mi crímen? ¿Por qué este misterioso destierro? Creedme, soy víctima de un horrible error. Volvedme á San Pretersburgo, y todo cuanto poseo, cuanto posee mi familia será vuestro.

—No puedo. Tomad, he aqui lo que el General Potenkin me encargó entregaros.

Era el otro guante de la Princesa Zoumowski.

El jóven oficial se estremece, sus mejillas se coloran, y convirtiendo en amoroso recuerdo el temor y coraje que antes le poseia, contestó:

—Muy bien, caballero; decid á Potenkin que con su presente la Siberia me parece hermosa.

El Feljager se inclina, hacer sonar su látigo y el carruage parte.

Tcheghelowski le vió desaparecer como un viajero estraviado en las Catatumbas, vé amortiguarse la pálida lámpara, ó estraviarse el fiel conductor que debe volverle á la luz y la vida.

Sesenta y dos años pasaron en medio de privaciones, peligros y miserias, y bajo aquel clima de yerro, sobre aquellas llanuras tristes, el proscripto conservó una entereza de ánimo admirable.

A principios de 1843, el acaso hizo que le descubriera un oficial enviado con cierta mision destinada á Tobolsk. Habiendo sabido su historia, se encargó ponerla en conocimiento del General Tcherenichew, el cual se lo participó al Emperador. La injusticia habia sido secreta, la reparacion fué pública. Condújose al desterrado á San Pretersburgo y el Emperador en presencia de doce regimientos, le dirijió estas palabras: «Creed, caballero, que si hubiera conocido antes vuestras desgracias, hace tiempo hubieran cesado: permaneced en San Pretersburgo; una pension de 4000 rublos os queda asignada, y vivireis seguro bajo mi proteccion y la de la Rusia.

El mayor ha conservado el uniforme que usaba en el siglo XVIII. A pesar de sus 107 años, pasea á pié sobre la perspectiva de Newski, el cuerpo todavia derecho, la figura dulce y serena, mirando con profunda sorpresa la actual sociedad tan cambiada despues de sesenta y dos años: habla con entusiásmo de Catalina II, del príncipe de Ligne, del conde de Segur, de Alejo Orloff, como si pudiera encontrarles en los salones de palacio, ó en los jardines de la Tauride. Desde su regreso, el primer deseo ha sido escribir su testamento.

He aqui el contenido.

DEMANDO POR ULTIMO FAVOR, SER SEPULTADO CON LOS GUANTES QUE SE HALLARAN SUSPENDIDOS SOBRE MI CORAZON CON UNA CINTA NEGRA.

BIBLIOGRAFIA.

MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO; novela orijinal de D. Wenceslao Ayguals de Izco. Compuesto y colocado ya en la prensa el molde de las primeras entregas de esta produccion, se ha prorogado la primera tirada por no haber llegado antes la tinta que se emplea en Francia para las publicaciones de estraordinario lujo. La perfeccion de los grabados, lo selecto del papel, que se ha elaborado espresamente para esta obra, la elegancia de la fundicion, enteramente nueva, y las demas circunstancias de una obra que tratamos de colocar al nivel de las mas perfectas publicaciones del estrangero, no consentian empleasemos en ella ninguna de las tintas conocidas hasta ahora en España. Hemos preferido retardar la salida de la primera entrega unos pocos dias para servirnos de la superior que se conoce, cuyo lustroso negro jámas desmerece, y contrasta con la blancura del papel hermosamente glaseado.

Sin embargo, para satisfacer la ansiedad con que aguarda el público esta novela, subsanaremos esta involuntaria falta repartiendo juntas dentro de muy pocos dias, las dos primeras entregas, y las restantes saldrán con la mayor rapidez, pues toda la novela está ya escrita.

El retardo en la publicacion de la primera entrega ha sido en parte ventajoso á nuestros favorecedores, pues ha dado lugar á que la acreditada fábrica de Burgos nos haya podido elaborar el papel suficiente para doblar el número de ejémplares que habiamos resuelto tirar, y era insuficiente en atencion á la asombrosa buena acogida con que nos faborece el público, acogida que ha escedido en gran manera nuestras esperanzas.

La suscricion á MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO está abierta en las Administraciones de correos y principales librerias del Reino á 2 rs. en Madrid, 2 y medio en las provincias: cada entrega constará de 16 páginas en 4.° marquilla con profusion de grabados, el porte franco, debiendo adelantar los suscritores de Madrid el precio de 4 entregas y los de las provincias ocho.

EL FANDANGO. *Periódico Nacional*, con profusion de grabados y caricaturas nuevas, escrito en prosa y verso por los fundadores y redactores de la Risa.

Sigue abierta la suscricion para el segundo año; los que se suscriban ó renueven la suscricion inmediatamente, para los doce meses últimos, solo pagarán por adelantado *Veinte rs. al año*, franco el porte. Desde el primero de Diciembre próximo se exigirán treinta.

NOVELAS ESCOJIDAS DE VOLTAIRE: EL MAGNETIZADOR DE FEDERICO SOULIE, traducidas por el Doncel, van á ver muy en breve la luz pública en las acreditadas prensas de *La Sociedad Literaria:* sin necesidad de elogios el nombre y objeto de ambos autores garantizan suficientemente los buenos resultados. La edicion será correcta y esmerada; siendo el coste de cada tomo de 200 paginas 5 rs. Se suscribe á estas publicaciones en casa de D. Timoteo Arnaiz.

EL VERGEL DE ANDALUCIA: periódico de amena literatura y artes dedicado al bello sexo. Recomendamos eficazmente esta publicacion digna de elogio, tanto por las Señoritas colaboradoras conocidas ya en el mundo literario, como por los aventajados escritores que tambien amenizarán dicho periódico. EL VERGEL sale todos los Domingos en Córdova, siendo su coste diez y seis rs. por trimestre, franco el porte. Se suscribe en esta Redaccion.

Ha salido la segunda entrega de TIRIOS Y TROYANOS: historia tragi-cómico-politica de la España del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros hombres y animales públicos, escrita entre agri-dulce y joco-serio, por D. Miguel Agustin Principe. El precio por cada tres entregas en provincia, es el de 12 rs. adelantados.

Establecimiento Tipográfico de D. Timoteo Arnaiz.